

CUATRO PATAS de Mello

Me desangro, tengo arañazos por toda la piel, los puedes ver ¿verdad?, mira mis brazos, debajo del codo izquierdo hay uno especialmente largo y doloroso, mira como la sangre coagula y se queda formando una línea oblicua y sinuosa; por tu parte, me pregunté siempre como llegabas siempre a tener el pulso tan acelerado, tienes garras tan largas que casi ni te reconozco, pensé que éramos amigos pero fue todo un engaño.

Los últimos meses han sido muy extraños y sorprendentemente duros, es época de frío, cosa que no es habitual aquí pero no queda otra que apechugar, supongo. No soy más que una persona más en este frío invierno, no soy especial, no tengo ningún talento, tampoco tengo algo que me apasione más de lo normal como para dedicarle más de una hora, soy simple, pero no lo veas como algo malo, ser simple está bien, uno no se preocupas en exceso, te dejas llevar y vives tranquilo. Hasta que pasó aquél extraño incidente, pero no quiero que te asustes, sólo escucha sin juzgarme, ¿te parece?.

Aquella mañana de un lunes 23, pasó algo fascinante. Caminando calle abajo para ir a mi rutinaria clase de piano, me topé con un curioso gato korata que no parecía estar perdido, más bien, cuando cruzamos miradas supe de inmediato que no tenía dueño. Así que, lo agarre, lo metí en mi mochila y volví corriendo a casa emocionado, sin saber muy bien que hacer con él pero con ganas de comprarle mil cosas.

Tras un par de días, se acomodó al ambiente y olor de mi departamento, cosa que me sorprendió, y me puse a pensar en que quizás era un gato doméstico pero que había sido abandonado, de ahí el por qué se portó tan bien cuando lo recogí.

A la semana ya le había comprado una camita suave para sus siestas, un buen rascador de madera dura para que afilara sus largas uñas e incluso le pillé unos

cuencos a juego con la decoración interior. Al mes, todo había cambiado, dejé mi trabajo a medio tiempo y también me salí de la universidad, no le veía futuro, sólo pensé que lo mejor era quedarme en casa todo el día, sólo Kori y yo, ah claro, le he puesto nombre y todo, así si se pierde siempre sabré dónde encontrarlo, nos pasábamos las noches hablando y siempre me contestaba con una mirada dulce y atenta, pero un tanto inquieta. A pesar de todo, era muy cariñoso conmigo, se ponía a mi lado tranquilo, me daba paz, alivio y tranquilidad, todo lo que ellos nunca pudieron darme.

Contra todo pronóstico, un día desapareció, no dejó ni rastro, no estaba ni su cama, ni su rascador de madera, ni sus cuencos a juego con la decoración interior, todo volvía a ser gris y nada tenía sentido,

–Todo esto es muy raro– pensaba constantemente.

Pero cuando pensé que se había acabado, comencé a oír ruidos que venían del armario viejo de la abuela, no sé por qué nunca me deshice de él, la verdad es que creo que simplemente le tenía demasiado cariño. Caminé hacia él, con un extraño presentimiento, de que algo no acababa de encajar por completo.

Del mueble, salía un líquido viscoso y amarillento, como si se tratase de algo podrido y putrefacto, mi olfato me confirmó ésto poco después. Mi primer instinto fue llevarme la mano a la nariz, tapándola para evitar el fétido olor, un paso tras otro me iba acercando a aquellas puertas de madera. Decidí, con rapidez, abrirlas, y entonces estaba ante mí, todo lo que había hecho.

Lo recordé con mucha viveza, los secuestros, los asesinatos, sus uñas clavándose en mi piel tratando de escapar, nunca fue un animal, o por lo menos no uno que caminara a cuatro patas.